



Kronstadt: una revolución enferma. La crisis más grave

Eric Mompó

Tres largos años de cruenta guerra civil habían dejado una Rusia exhausta y al borde del colapso. La derrota de los ejércitos blancos había dado paso a un fuerte descontento social en el campo y en las ciudades. El país entero se encontraba sumido en el caos y la destrucción. El hambre, la miseria y las epidemias, junto a una dramática falta de recursos convertían a Rusia en un polvorín a punto de estallar. El conflicto agonizaba y se acababa de levantar el bloqueo internacional, pero eso no era suficiente. Había que levantar un país que estaba totalmente en ruinas. En el VIII Congreso de los soviets, en diciembre de 1920, Lenin había advertido previsoramente a sus partidarios que la reconstrucción económica y social no iba a ser fácil.

El campesinado era cada vez más hostil al gobierno por las continuas requisas de cereales. A las penurias de la guerra se añadía ahora una intensa sequía que azotó el país durante los meses de primavera y verano de 1920. Regiones agrícolas, como el Tambov, que habían sido sumisas hasta entonces, se rebelaban contra el poder soviético. Ahora que la amenaza blanca había desaparecido, consideraban intolerable e injustificado que continuaran con las expropiaciones. Durante la guerra los destacamentos armados enviados para apoderarse del trigo habían cometido innumerables abusos contra la población y eran profundamente odiados por ello. No siempre se habían limitado a llevarse los excedentes. Se registraron numerosos casos de robos, violaciones y asesinatos contra la población rural. La línea roja que separaba las requisas y el bandolerismo no siempre estaban claras. En muchas ocasiones se habían llevado las reservas de los campesinos guardaban para alimentar a sus familias y asegurar la siguiente cosecha. Hartos de esta situación, cuando no se enfrentaban abiertamente a los destacamentos, se limitaban a cultivar lo imprescindible para satisfacer sus necesidades.

Las requisas habían salvado a los bolcheviques de la contrarrevolución, pero habían perdido el apoyo de la población rural. En un país como Rusia, tal como había comprendido perfectamente Lenin al día siguiente de la toma del Palacio de Invierno, la revolución sólo podría sostenerse con una firme alianza del proletariado y el campesinado. Ahora que la alianza estaba rota, no estaba muy claro como iban a recomponerla. Una declaración realizada por un delegado agrario, en el VIII Congreso de los soviets, celebrado en otoño de 1920, refleja a la perfección el estado de ánimo del campesinado en todo el país.



“Todo va bien, sólo que la tierra es nuestra y el trigo es vuestro; el agua es nuestra y los peces son vuestros; los bosques son nuestros y la madera es vuestra...” (1)

La situación era insostenible. La cosecha había sido muy pobre y la hambruna se extendía por doquier. Con un campo casi exánime, las requisas sólo conseguían soliviantar los ya caldeados ánimos de un campesinado que no podía más. El escritor y viejo militante bolchevique, Voronsky, alertó a Lenin sobre la situación límite en la que se encontraban los campesinos en la región. Ya no había nada que expropiar, porque ya no quedaba nada. El Comité provisional del PC declaró la hambruna permanente. Los soviets locales y las células del partido exigían ante una situación tan desastrosa, que primero fueran satisfechas las necesidades de los campesinos hambrientos. El poder central veía como sus propias bases se rebelaban contra la política del comunismo de guerra. En el Tambov, desde noviembre de 1920 hasta febrero de 1921, los destacamentos de requisas detuvieron a 86 delegados de los soviets locales que se oponían a las requisas.

Los levantamientos agrarios se iniciaron en septiembre para crecer rápidamente como un tsunami que amenazaba con revivir los peores momentos de la guerra civil. En febrero de 1921, la cheka contó hasta 118 sublevaciones en el sur del país, en el Cáucaso y en el oeste de Siberia. En la región del Tambov, el Ejército Rojo se enfrentaba a un movimiento que contó en sus mejores momentos con más de 50.000 hombres y que tardó tiempo en ser sofocado. Entre el otoño de 1920 y el verano de 1921 el poder soviético desapareció completamente en toda la región. “El levantamiento más serio tuvo lugar en Tambov, donde se propuso la supresión del control del partido sobre los soviets. Los rebeldes se unieron tras una serie de eslóganes bastante confusos: '¡Viva Lenin, abajo Trotsky!' y 'Vivan los bolcheviques, muerte a los comunistas!.'” (2)

En la ingenua iconografía del campesinado ruso, Lenin y los bolcheviques eran los que en Octubre habían promulgado el decreto de la tierra y Trotsky y los comisarios comunistas los responsables de la expropiación del grano. El campesinado expresaba así su ira contra los que consideraba causantes del desastre. El AntonovOvseenko, uno de los encargados de combatir la insurrección del Tambov denunció cuáles habían sido sus causas: la dureza de las cargas impuestas sobre las espaldas de los campesinos, el carácter militar de la administración local y la brutalidad de las requisas. (3)

Por doquier bandas armadas recorrían los campos en busca de alimento y botín. El bandolerismo se agravaría todavía más con la desmovilización de dos millones y medio de soldados que habían formado parte del ejército, en un país devastado en el que escaseaban los recursos. En el oeste de Siberia las partidas



guerrilleras llegaron a contar con más de 60.000 hombres que mantuvieron en jaque, hasta la llegada de la NEP, a las autoridades soviéticas.

... sus slogans eran en todas partes los mismos 'Abajo las requisas, fuera los destacamentos que se incautan de alimentos', 'No entreguen sus excedentes', 'Abajo los comunistas y los judíos'. Aparte de esto compartían un odio común contra las ciudades, de donde venían los comisarios y los destacamentos de requisas y contra el gobierno que les enviaba a esos intrusos. (4)

Los campesinos reclamaban el final del comunismo de guerra y el establecimiento de una tasa fija sobre el producto de sus cosechas, para poder disponer de sus excedentes e intercambiarlos por los productos industriales que necesitaban. El problema era si la industria estaba en condiciones para ofrecer lo que le pedían.

Durante la guerra, las ciudades se habían ido despoblando. Muchos trabajadores habían abandonado las fábricas y vuelto a sus aldeas de origen. En agosto de 1920 en Petrogrado sólo quedaba una tercera parte de los 300.000 obreros que había tres años antes. En toda Rusia la disminución del proletariado superó el 50%. Podemos decir, sin temor a exagerar, que el proletariado ruso era en aquellos momentos una especie en peligro de extinción. Este decrecimiento no podía menos que inquietar seriamente a los bolcheviques que pretendían gobernar el país en su nombre. Tres años después de Octubre, la clase obrera rusa apenas contaba con un millón y medio de integrantes, frente a las más de veinticuatro millones de familias campesinas. La descripción que la anarquista norteamericana Emma Goldman hace de Petrogrado es aterradora:

Estaba casi en ruinas, como si lo hubiera barrido un huracán. Las casas parecían viejas tumbas abiertas en cementerios descuidados y olvidados. Las calles estaban sucias y abandonadas; toda la vida había desaparecido en ellas. La población de Petrogrado antes de la guerra era de casi dos millones; en 1920 se había reducido a quinientas mil personas. La gente caminaba como si fueran cadáveres vivientes; la escasez de comida y de combustible estaba deshaciendo lentamente la ciudad; la triste muerte se estaba agarrando a su corazón. Hombres, mujeres y niños de aspecto macilento y devorados por el frío se veían azotados por el flagelo común: la búsqueda de un trozo de pan o de un poco de leña. Era una visión que desgarraba el corazón diariamente, un peso opresivo durante la noche. La profunda quietud de la gran ciudad resultaba paralizadora. Me aterrizzaba este terrible y opresivo silencio roto sólo por disparos ocasionales. (5)

El sistema ferroviario se encontraba en una situación más que lamentable y con frecuencia los convoyes que transportaban los alimentos, el combustible y las materias primas a las ciudades (cuando los había) se quedaban paralizados por el camino, imposibilitados para llegar a su destino. La industria, falta de recursos,



languidecía bajo mínimos sin poder recuperarse. La escasez de petróleo provocó no solo la ralentización de la ya de por sí escasa producción, sino también que las fábricas, los talleres y las viviendas no tuvieran calefacción en el crudo invierno de 1920-21, mientras las epidemias se cebaban en la población.

Las fábricas marchaban a medio gas, o simplemente habían dejado de funcionar. En 1920 la producción industrial apenas alcanzaba la quinta parte del nivel que había tenido en vísperas de la guerra europea. Con las raciones bajo mínimos, los trabajadores se veían obligados a robar en sus fábricas, para después intercambiar su magro botín por comida en el mercado negro. En una atmósfera de desmoralización y apatía el proletariado se resentía contra un orden laboral que, en aras de la producción, había devuelto a sus odiados enemigos de clase, los antiguos técnicos y directivos, a los puestos de dirección de las empresas. Eran muchos los que lo vivían lo que estaba ocurriendo como una traición a los ideales de la revolución. En junio, los trabajadores en huelga de la fábrica de Sormonovo declararon: "El régimen soviético, tras establecerse en nuestro nombre, se ha convertido en algo completamente ajeno a nosotros. Prometió traer el socialismo a los trabajadores, pero les ha proporcionado fábricas vacías y despidos." (6)

Si desde Octubre el número de obreros se había reducido de forma alarmante, el desplome de la productividad todavía era peor. Apenas llegaba a un tercio de la de 1913. Si había que cambiar las requisas por una tasa fija en especies, hacía falta también poner en marcha un aparato productivo industrial capaz de hacer frente a la demanda del campo. La guerra había absorbido la mayor parte: El 50% de la producción industrial, el 60% del azúcar, el 40% de los suministros de grasa, el 90% del calzado de hombre, el 40% del jabón y el 100% del tabaco, habían ido a parar al sostenimiento de las tropas. Ahora que la guerra había terminado y se estaba produciendo la desmovilización de una buena parte del Ejército Rojo, quizás podría aumentar la oferta de productos al campo.

Los obreros necesitaban los productos agrícolas para alimentarse y proveerse de materias primas con las que trabajar en las fábricas, pero los campesinos no iban a facilitárselo si no recibían algo a cambio. Los bolcheviques se encontraban en un círculo infernal, del que no iba a ser fácil salir. Esto explica su resistencia a abandonar los métodos del comunismo de guerra. Por lo menos, con las requisas podían alimentar a las ciudades y aumentar la producción. Ya habría tiempo de buscar una solución para contentar al campesinado. El problema era que el tiempo trabajaba en su contra y el margen de maniobras cada vez era más pequeño.



Durante la guerra, como un esfuerzo desesperado para evitar el desplome de la actividad industrial y a golpe de decreto, el gobierno había intentado regular la situación en las fábricas. Alejada ahora la amenaza de la contrarrevolución, algunos de los destacamentos de soldados que iban a ser licenciados, fueron enviados a realizar tareas que facilitasen el transporte de petróleo y materias primas. También se incrementó la disciplina laboral y se crearon grupos de vigilancia en las fábricas y talleres para evitar el continuo saqueo. El remedio fue peor que la enfermedad. Lo único que consiguieron fue incrementar la desilusión y el malestar de los trabajadores que no comprendían como después de acabada la guerra, sus dirigentes continuaran con los mismos métodos opresivos que en el pasado.

Desde la oposición política semilegal, los dirigentes mencheviques denunciaron la política del gobierno soviético y advirtieron que los métodos que pretendían aplicar en la industria, ya habían fracasado con anterioridad con los campesinos, y ahora de nuevo volverían a fracasar. Llovía sobre mojado. Las críticas calaron cada vez más en la atmósfera de descontento que existía en las fábricas y talleres.

En las reuniones de fábrica, donde los oradores denunciaban en tono colérico la militarización y burocratización de la industria, las referencias críticas a las comodidades y privilegios de que gozaban los funcionarios bolcheviques suscitaron gritos indignados de acuerdo por parte de los oyentes. Los comunistas, se afirmaba, siempre se obtenían los mejores trabajos y parecían sufrir menos hambre y frío que todos los demás. Comenzaron a surgir, a menudo simultáneamente, el antisemitismo y el antiintelectualismo; se formuló el cargo de que los bolcheviques pertenecían a una estirpe extranjera de intelectuales judíos que habían traicionado al pueblo ruso y contaminado la pureza de la revolución. (7)

Para agravar todavía más la situación, el desplazamiento de muchos obreros al campo, les había hecho entrar en contacto con el malestar de sus familias. Si al parecer el campesinado gemía bajo el pesado yugo que habían impuesto los bolcheviques y los trabajadores pasaban hambre en las ciudades, la acusación de que los funcionarios comunistas eran los grandes beneficiarios del nuevo orden, se extendió por todo el país. Y lo peor de todo, es que algo de razón tenían (8).



44	Obreros	Ejército	Funcionarios	Familias campesinas	Obreros agrícolas
1917	3.024.000	50.000 (guardias rojos)	-	—	2.000.000
1918	2.486.000	800.000	114.539	18.000.000	—
1919	2.035.000	3.000.000	529.841	—	34.000
1920-21	1.480.000	5.500.000	5.880.000	24.000.000	—
1922	1.243.000	—	—	—	—

A principios del mes de septiembre de 1920, el presidente de la sección obrera del soviet de Petrogrado alertó a Lenin de la corrupción que afectaba a la dirección del soviet y el partido en la capital (9). El 24 de febrero de 1921, dos dirigentes comunistas, Povroisky y Mekhonochin, denunciaban en una carta los privilegios de la nueva aristocracia comunista, con la atribución anormalmente elevada de raciones alimenticias, pidiendo su supresión o su reducción. (10)

La nueva burocracia que administraba los escasos recursos que existían y medraba a la sombra del régimen, pronto transformó sus cargos en pequeños privilegios. Mientras los miembros de la clase obrera se habían reducido a prácticamente la mitad en tres años, el número de funcionarios en cambio no dejaba de crecer y llegaba ya a los seis millones. Mientras tanto, las adhesiones masivas al Partido Comunista de antiguos adversarios que se unían a los vencedores, incrementaban la corrupción y los privilegios,

En una economía de escasez generalizada, sin duda alguna los rumores sobre la corrupción supuesta o no de muchos funcionarios eran exagerados. La corrupción y los privilegios no podían ser más que pequeños robos de alimentos y ropa porque no había para más. Sin embargo la miseria imperante en las fábricas y en el campo la hacían todavía más odiosa e intolerable.

Yo había pasado tres años en el frente. Durante ese tiempo un nuevo modo de vida había empezado a instaurarse progresivamente entre la burocracia soviética. No es verdad que en esta época nadáramos en el lujo en el Kremlin, como afirma la prensa de los blancos. Vivíamos muy modestamente, sin embargo, diferencias y privilegios habían hecho su aparición y se acumulaban automáticamente. (11)

En la primavera de 1921 los privilegios todavía no se habían institucionalizado, pero una nueva casta de burócratas, los aparatnicks, (Lenin los



llamaba en ocasiones, la burguesía soviética) aguardaba la ocasión para llevar a cabo su propia contrarrevolución.

LAS HUELGAS DE PETROGRADO. EL FUEGO SE PROPAGA

A principios de 1921, las serias dificultades de aprovisionamiento de víveres y combustible provocaron una serie de paros masivos en Moscú y con particular intensidad en Petrogrado. La reducción de las raciones alimenticias, ya de por sí escasas, a un tercio de lo normal, fue la causa de la huelga en las fábricas de Patronny, Trubotchny y Baltivski y Lefern. Zinoviev, presidente del soviét local, lejos de escuchar las reivindicaciones de los que protestaban, envió a los estudiantes comunistas de la academia militar para dispersar las concentraciones que se producían en VassilenskyOstrov, el distrito obrero de la ciudad. La cheka realizó gran cantidad de arrestos.

La represión sólo sirvió para enardecer todavía más los ánimos ya caldeados de los obreros. Al día siguiente los manifestantes visitaron los talleres de Admiralty y los muelles de Galernaya para invitar a los trabajadores que allí se encontraban a que se unieran a las protestas que se estaban realizando en la calle. El Comité de defensa de Petrogrado, apoyado por el soviét local, decidió despedir a los trabajadores de la fábrica Trubochny (el despido equivalía a quedarse sin la ración alimenticia para ellos y sus familias). Pronto las delegaciones de marineros de la flota del Báltico y la base naval de Kronstadt se sumaron a las manifestaciones que recorrían las calles de la capital.

Las reivindicaciones políticas pronto se sumaron a las demandas de pan y combustible, y a las que pedían el final de las requisas y la implantación del libre comercio entre la ciudad y el campo.

Es necesario un completo cambio en las políticas del gobierno. Ante todo, los obreros y campesinos necesitan libertad. No quieren vivir bajo los decretos de los bolcheviques: quieren controlar sus propios destinos.

¡Camaradas, protejamos el orden revolucionario! Con resolución y de una manera organizada, exijamos:

Liberación de todos los socialistas y obreros no militantes en ningún partido detenidos; abolición de la ley marcial; libertad de expresión, prensa y reunión para todos los que trabajan; elecciones libres de los comités de talleres y factorías, de los sindicatos y los representantes del soviét. (12)

La oposición agitó el malestar de la población tratando de capitalizar las protestas. Los socialistas revolucionarios bajo la firma de “los obreros socialistas de Nevsky” exigían de nuevo en un manifiesto la convocatoria de la Asamblea Constituyente y los mencheviques el final de las requisas y su sustitución por un



impuesto fijo sobre las cosechas. Mientras los primeros apostaban por una sublevación armada que desalojara a los bolcheviques del poder, los mencheviques se cuidaron de pedir su derrocamiento y reclamaron elecciones libres para los soviets. Es decir, el cumplimiento estricto de la constitución soviética, la misma que habían aprobado los bolcheviques. La denuncia despertó la indignación del gobierno, porque implicaba la acusación de que estaban traicionando los principios de la revolución. Con estas reclamaciones consiguieron recuperar una parte del apoyo perdido entre la clase obrera antes de Octubre.

Si la represión sólo servía para propagar el incendio social, las autoridades buscaron otras alternativas, antes de que la situación se les fuera totalmente de las manos. El día 27 de febrero se anunciaron una serie de concesiones a los manifestantes. Se anunció el retiro de los destacamentos del control caminero, se desmovilizó a las tropas que realizaban servicios laborales y se aseguró que se restablecería, por lo menos en parte, la libertad de comercio entre la ciudad y el campo. Las concesiones ponían al descubierto que el gobierno desde hacía algún tiempo estaba barajando la posibilidad de abandonar definitivamente el comunismo de guerra. El resultado fue que los ánimos empezaron a calmarse y los disturbios y las protestas decayeron rápidamente. Sin embargo la tragedia ya estaba en marcha.

SE MASCA LA TRAGEDIA.

La chispa que desencadenó los acontecimientos partió de un movimiento espontáneo de solidaridad de la Flota del Báltico y de Kronstadt con las huelgas de los trabajadores de Petrogrado. Los rumores que corrían, muchos infundados o exagerados, como el de que se estaba fusilando a los huelguistas de la capital hicieron el resto, despertaron la natural indignación de los marinos y los obreros de la base.

Llama la atención que los rumores que circulaban, calaran tan rápidamente entre la población de Kronstadt. Sin duda alguna reflejaba el malestar que existía y el creciente distanciamiento que se estaba produciendo entre el gobierno bolchevique y los trabajadores. Por lo general, los rumores no podían ser creíbles sino existía previamente una atmósfera de recelo hacia el gobierno y la prensa oficial.

Durante la guerra civil, Kronstadt había estado apegada a su autonomía local, sin excesivas interferencias, pero la dureza del comunismo de guerra y las penurias habían hecho mella en la confianza de la población en el gobierno. En diciembre de 1920, una parte de los marinos había abandonado la asamblea que se celebraba en la localidad, para elegir a los delegados que participarían en el VIII



Congreso de los soviets, en señal de protesta por los métodos utilizados, que favorecían a los candidatos del partido. En enero de 1921, cerca de 5.000 marineros de la Flota del Báltico, militantes del Partido habían abandonado sus filas y en Kronstadt entre agosto de 1920 y marzo de 1921, lo había hecho 2.000 militantes, lo que suponía la mitad de la organización local.

El 28 de febrero, la tripulación del Petropavlovsk aprobó una resolución en solidaridad con las huelgas de la capital, que también fue asumida por la del Sevastopol. La resolución proclamaba que los soviets existentes no representaban la voluntad de los obreros y de los campesinos y exigía elecciones libres con voto secreto; la libertad de expresión y de prensa para la oposición socialista y anarquista; el derecho de reunión para los sindicatos y las organizaciones campesinas; la liberación de los presos; la abolición de las requisas y los destacamentos de vigilancia en las fábricas; la igualación de las raciones alimenticias y la libertad a los campesinos para disponer de sus tierras. Los marinos también aprobaron el envío de una delegación a las fábricas de Petrogrado para conocer la situación.

El 1 de marzo, se celebró una asamblea multitudinaria en la ciudadela de Kronstadt a la que asistieron 16.000 participantes, marinos, soldados y trabajadores. La actitud inicial de los marinos, pese a todo, era de apoyo al gobierno, del que esperaban que finalmente se avendría a escuchar sus quejas. La reunión fue presidida por Vassiliev, presidente del soviet local y miembro del partido. A la misma también habían sido invitados para que explicaran la versión del gobierno, el presidente de la RSFS Kalinin, y el comisario de la flota Kuzmin, que fueron recibidos con honores militares bajo los acordes de la Internacional.

En la asamblea se propuso aprobar el manifiesto del Petropavlovsk y se dio a conocer el informe de la delegación enviada a la capital. La explicación de los hechos confirmó la tensa situación que se vivía en la capital y suscitó la indignación de la multitud que protestó por los métodos empleados. La intervención de Kalinin, lejos de aplacar los ánimos, incendió todavía más la atmósfera de la asamblea. Atacó la resolución que pretendía aprobar, denunció a los huelguistas de la capital y amenazó con represalias si los marinos de la base no deponían su actitud. Los asistentes manifestaron su apoyo al sistema soviético, pero criticaron la burocracia bolchevique. La resolución fue aprobada por unanimidad y Kalinin invitado a volver a Petrogrado. Al día siguiente, en una conferencia de delegados para debatir las elecciones al soviet local. Kuzmin, volvió a la carga, amenazó a los participantes y cuestionó su apoyo a la revolución. Tras la asamblea Kuzmin y Vassiliev fueron



finalmente arrestados. "Si quieren una guerra abierta, la tendrán, ya que los comunistas no entregarán las riendas del gobierno. Lucharemos hasta el final." (13)

Kronstadt era firme partidaria de los soviets, pero exigía elecciones libres para poder elegir a sus representantes. Criticaban los excesos autoritarios de los comisarios, pero las relaciones con el partido seguían siendo fraternales. Habían invitado a las autoridades para contrastar la gravedad de la situación y las formas de salir de ella. Esperaban llegar a un acuerdo amistoso con el gobierno. Con la resolución lo único que pretendían era volver al espíritu de Octubre y recuperar la democracia asamblearia que creían abandonada por las circunstancias de la guerra civil.

Víctor Serge atribuyó a la arrogancia y falta de tacto de Kalinin y Kuzmin, la ruptura entre los amotinados y el gobierno. Sin duda alguna la actitud de los dos dirigentes bolcheviques contribuyó a disipar las simpatías que todavía existían hacia el partido, pero el clima de descontento venía de antes. Al parecer y según nos cuenta Paul Avrich, los discursos de ambos se vieron continuamente interrumpidos por los gritos de los que participaban en la asamblea (14).

Recibido por la guarnición de Kronstadt con música y saludos de bienvenida, Kalinin, presidente del Ejecutivo de la República, informado de las reivindicaciones de los marinos, los había tratado de golfos, de egoístas, de traidores y amenazando con castigo un castigo despiadado. Kuzmin gritó que la indisciplina y la traición serían quebrantados con la mano de hierro de la dictadura del proletariado. Fueron expulsados entre abucheos; la ruptura se había consumado. (15)

Pero incluso entonces, los marineros siguieron confiando en poder llegar a un acuerdo. Las esperanzas se mantuvieron hasta el comienzo de la ofensiva del Ejército Rojo. Al fin y al cabo todos formaban parte de la revolución. Una moción presentada en la asamblea, en la que se pedía el arresto de los militantes comunistas de Kronstadt, fue rechazada por la aplastante mayoría de los asistentes. Los bolcheviques, como el resto de las organizaciones socialistas y anarquistas debían tener los mismos derechos. Finalmente la asamblea aprobó la resolución y envió otra delegación a Petrogrado para explicar sus demandas. La nueva comisión fue arrestada a su llegada a la capital.

Los hilos de la tragedia se iban entretejiendo. Las concesiones realizadas a los huelguistas de Petrogrado por Zinoviev, estaban surgiendo efecto. Los disturbios estaban remitiendo rápidamente.

Sin embargo la primera delegación partió de la capital el mismo día en que fueron publicadas por la prensa y no llegaron a tener conocimiento de éstas. El arresto de la segunda delegación enviada unos días después, la campaña de



desprestigio lanzadas por la prensa oficial y de nuevo los rumores desatados, en los que se hablaba de fusilamientos y de que el país estaba al borde de la sublevación, contribuyeron a impedir el arreglo pacífico.

Y fue también un rumor (¡cómo no!) lo que contribuyó a que Kronstadt diera el paso definitivo, al pasar de ser una movilización de solidaridad y protesta, para convertirse en una revuelta contra el poder bolchevique. Corrió la voz de que quince vagones de comunistas armados con fusiles y ametralladoras se dirigían hacia la base naval para restaurar el orden. El rumor como tantos otros no tenía fundamento, pero precipitó los acontecimientos. Los amotinados se apoderaron de la ciudadela y crearon un Comité Revolucionario Provisional, que se encargaría de administrarla y protegerla hasta la formación del nuevo soviet local. Con dos dirigentes bolcheviques arrestados y el control de la ciudad en manos de un organismo extraño al gobierno de los soviets, al que no reconocía. El desafío estaba lanzado.

Las autoridades intentaron convencer al Comité Revolucionario de que la rebelión estaba aislada y de que su situación era desesperada. Los amotinados, por su parte adoptaron una actitud defensiva a la espera de que el inminente deshielo del mar convirtiera la isla prácticamente en inexpugnable. Con esto esperaban aguantar el asedio hasta que la sublevación que creían que estaba en marcha en el continente los liberara. Enviaron delegados para contactar con los descontentos en el continente, pero el éxito fue escaso. Sólo en algunos lugares como Oraniembaum, Peterhof y Petrogrado hubo algunas muestras de solidaridad, que pronto fueron sofocadas.

La situación había cambiado en Petrogrado. La ciudad ahora se encontraba prácticamente en calma. Las concesiones y el temor a las tropas que llegaban a la capital habían acabado con las protestas. Las sublevaciones campesinas que estaban en marcha por todo el país, no entraron en ningún momento en contacto con los amotinados. La sublevación estaba aislada.

Fiodor Dan, dirigente de los mencheviques, detenido a su llegada a Petrogrado el 3 de marzo, convivió en la cárcel con los sublevados, que llenos de amargura acusaban a los obreros de egoísmo y pasividad (16). Por otra parte, parece que también existía un clima de desconfianza del proletariado de la capital hacia los marinos amotinados, a los que consideraban unos privilegiados. Esto explica porque la propaganda gubernamental sobre el general Kozlovsky arraigó tan rápidamente entre los trabajadores. Este clima de antipatía y falta de comunicación no fue ningún invento de los bolcheviques. La reacción de la mayoría en las fábricas fue de pasividad e indiferencia, cuando no de condena por los hechos. Existía un



profundo descontento social entre la clase obrera, pero también cansancio y temor a un nuevo brote de la guerra civil.

El 2 de marzo, una orden del gobierno, firmada por Lenin y Trotsky acusaba a los marinos de Kronstadt de prestarse como instrumentos de la contrarrevolución y de estar al servicio de las potencias de la Entente y del espionaje francés. Supuestamente, un general zarista, Koslovsky, se habría hecho cargo de la base naval y estaría esperando las condiciones para relanzar de nuevo la guerra civil, apoyado por las potencias de la Entente.

El Comité de Defensa de Petrogrado, dirigido por Zinoviev, asumió el control de la ciudad y la provincia. Se declaró la ley marcial y se ordenó la detención de las familias de los amotinados, que iban a ser utilizados como rehenes para preservar la vida de los dirigentes y militantes comunistas que había en Kronstadt. "El Comité de Defensa declara que los arrestados son mantenidos como rehenes por el comisario de la Flota del Báltico, N. N. Kuzmin y el presidente del Soviet de Kronstadt T. Vassiliev y otros comunistas. El más mínimo daño sufrido por nuestros camaradas será pagado con la vida de los rehenes." (17)

La respuesta indignada de los amotinados fue publicada inmediatamente en su órgano de prensa, Izvestia: "No queremos un baño de sangre. Ni un solo comunista será fusilado por nosotros." (18)

Pese a la llegada de nuevas tropas a la capital, nadie creía seriamente que la ofensiva fuera a llevarse a cabo. La población estaba convencida de que en algún momento las dos partes acabarían poniéndose de acuerdo. Sin embargo el 5 de marzo el gobierno emitió un nuevo ultimátum, firmado Trotsky, en el que se exigía a los sublevados que depusieran su actitud, o la respuesta sería implacable: "Ríndanse o serán ametrallados como conejos!". Los términos no dejaban lugar a las dudas. No había nada que negociar, sólo la rendición inmediata podía evitar la carnicería.

El 7 de marzo las baterías del Ejército Rojo abrieron fuego sobre Kronstadt. Durante once días los combates se sucedieron ininterrumpidamente. El blanco del mar helado que separaba la isla del continente se tiñó de rojo por la sangre de las tropas del Ejército Rojo, enviadas para sofocar la sublevación. Pero Kronstadt estaba irremediablemente condenada. Nadie iba a acudir en su ayuda. "El pueblo ruso por más amargado que estuviera, se hallaba hastiado de la guerra y desmoralizado, y pese a todos los agravios que tenía contra el gobierno, temía sin embargo una restauración blanca." (19)

El día 18 por la mañana, el gobierno proclamó el triunfo sobre los sublevados. Nunca una victoria tuvo un sabor tan amargo. Víctor Serge cuenta en



sus memorias la ominosa atmósfera que existía en el partido bolchevique, mientras se escuchaban los cañonazos que anunciaban la victoria.

¡Sombrio 18 de marzo! Los periódicos de la mañana habían salido con encabezados fogosos que conmemoraban el aniversario proletario de la Comuna de París. Y el cañón, tronando sobre Krontadt, hacía vibrar sordamente los vidrios. Un feo malestar reinaba en las oficinas de Smolyn. Evitábamos hablarnos, excepto entre íntimos, y los que nos decíamos entre íntimos era amargo.(20)

La represión fue implacable. Muchos amotinados fueron fusilados en la misma plaza fuerte. Algunos se dejaron fusilar gritando ¡Viva la revolución mundial! ¡Viva la Internacional Comunista!. Otros, menos afortunados fueron conducidos a la capital y entregados a la cheka. Meses más tarde todavía se los fusilaba en pequeños grupos. Algunos fueron deportados al norte, a los campos de concentración, condenados a trabajos forzados. No hubo juicios públicos. De los 2.000 prisioneros tan solo 13 fueron escogidos para ser juzgados por un tribunal secreto, como cabecillas del motín.

Cuando Trotsky pasó revista a los vencedores de Kronstadt, al describir a los amotinados que acababan de ser aplastados, utilizó el término de “camaradas”. Era sin duda un homenaje inconsciente a los sublevados y un reconocimiento de lo doloroso de la acción. “Hemos esperado todo lo posible, para que nuestros ciegos camaradas, los marineros, vieran con sus propios ojos adonde llevaba el amotinamiento.” (21)

En el X Congreso del partido que se estaba celebrando en Moscú, ante los invitados de la Internacional Comunista, los bolcheviques hablaban de los insurrectos con un lenguaje que nada tenía que ver con el utilizado a la hora de hablar de la contrarrevolución blanca. Ante el III Congreso de la Internacional Comunista, Bujarin se expresó en términos parecidos.

¿Quién dice que Kronstadt era blanca? No. Por nuestras ideas, por la tarea que hemos de realizar, nos hemos visto obligados a reprimir la revuelta de nuestros hermanos descarriados. Nosotros no podemos considerar a los marinos de Kronstadt como nuestros enemigos. Los queremos como a verdaderos hermanos, nuestra carne y nuestra sangre. (22)

El mismo Víctor Serge, muy crítico con la actuación bolchevique contra Krosntadt, después de una dolorosa reflexión, decidió apoyar la lucha contra la sublevación, aún a sabiendas de que Kronstadt tenía razón y que el partido, afectado por el autoritarismo, la burocracia y la corrupción había perdido la confianza del pueblo. Aunque los marineros de Kronstadt quisieran volver al espíritu



de Octubre, si los bolcheviques caían, no iba a ser el poder de los soviets, sino la contrarrevolución blanca, quien se alzaría finalmente con la victoria.

En Moscú, Paniushkin, un viejo bolchevique que se había distinguido durante la guerra civil, abandonó el partido para fundar el efímero Partido Soviético. Otro cuadro del partido, Miasnikov, obrero y amigo de Lenin rompió el carnet del partido, tras exigir la libertad de expresión para todas las organizaciones políticas.

MITOS Y LEYENDAS. LUCES Y SOMBRAS SOBRE KRONSTADT

¿QUIÉNES ERAN LOS SUBLEVADOS?

“Este fue el relámpago que iluminó la realidad mejor que cualquier otra cosa.” (23)

La revuelta de Kronstadt no habría tenido más importancia que otros capítulos de la guerra civil rusa, sino fuera porque sucedió precisamente Kronstadt, una de las joyas de la revolución de Octubre. Los marinos de la base naval habían sido la punta de lanza contra el gobierno provisional de Kerensky y fueron alabados por Trotsky como el orgullo y la gloria de la revolución soviética. En la mitología anticomunista, si los marinos de Kronstadt habían sido la vanguardia de la revolución, el aplastamiento de la revuelta en marzo de 1921 habría sido la traición flagrante de los ideales de Octubre.

En realidad las cosas no son tan simples como algunos lo presentan. Ni los bolcheviques eran unos traidores a la revolución, ni los sublevados eran la avanzadilla de la contrarrevolución.

Muy pocos de los veteranos de Octubre permanecían todavía en Kronstadt. Después de más de tres años de guerra civil, las tripulaciones de los buques de la Flota del Báltico se habían ido renovando periódicamente. Los anarquistas que habían participado junto a los bolcheviques en la gesta de octubre y la disolución de la Asamblea Constituyente, hacía tiempo que habían partido hacia otros destinos del frente. Según Trotsky, los amotinados carecían del espíritu revolucionario de sus compañeros que los habían precedido. Sin embargo la acusación no parece sostenerse. Al fin y al cabo lo que pedían los marinos sublevados era, ni más, ni menos que se cumpliera el programa de Octubre y los pocos veteranos que quedaban en la base naval, participaron y dirigieron la revuelta. “Si como indica Trotsky, los marineros habían cambiado después de 1918 y expresaban las aspiraciones del campesinado atrasado, hay que reconocer que el poder también había cambiado.” (24)

La mayor parte de los marinos eran campesinos y procedían del sur y del este del país. Según las cifras oficiales, en 1921 más de tres cuartas partes de los



marineros de Konstadt eran extracción agraria. Muchos de los nuevos reclutas procedían de Ucrania, habían estado en contacto con las partidas guerrilleras de Majno y Grigoriev y eran especialmente sensibles a lo que estaba ocurriendo en sus lugares de origen. La miseria reinante en sus aldeas y los excesos autoritarios de los comisarios que llevaban a cabo las requisas, los había llenado de un fuerte resentimiento contra los bolcheviques.

Pero es que además, la protesta se había extendido más allá de los buques de guerra, por toda la población de Kronstadt. Cientos de militantes del Partido Comunista de la localidad y de la flota se habían adherido primero a la protesta y después a la revuelta. La declaración del Buró Provisional de la sección local del Partido Comunista enviada al gobierno, realizada el 4 de marzo, resulta especialmente reveladora:

No den credibilidad a los falsos rumores sobre el fusilamiento de comunistas, y que los comunistas de Kronstadt están a punto de alzarse en armas. Tales rumores se difunden para dar lugar a un derramamiento de sangre.

Declaramos que nuestro partido siempre ha defendido las conquistas de la clase obrera contra los enemigos conocidos y secretos del poder de los soviets de obreros y campesinos.

El Buró Provisional del Partido Comunista de Kronstadt reconoce la necesidad de elecciones para el soviet y hace un llamamiento a los miembros del Partido a tomar parte de las mismas. (25)

La crisis del Partido Comunista de Kronstadt y de la flota del Mar Báltico venía de lejos. En marzo de 1920, el partido contaba en la localidad con 5.630 miembros, la mayoría de ellos reclutados después de la revolución, en las llamadas "semanas del partido". La guerra y la miseria generalizadas habían hecho mella en las filas de la organización local. En octubre del mismo año el partido procedió a expulsar a los miembros del partido más dudosos e inseguros. Un 22% de la militancia fue excluida por "indigna" (la laxitud del sistema de reclutamiento y el hecho de que el partido monopolizara el poder permitió que entre los reclutados se encontraran numerosos miembros que no habían entrado en el partido por simpatías ideológicas). A la purga hubo que añadir las bajas masivas. Desde el otoño, el 40% de los militantes había roto el carnet del partido como muestra del descontento y de la desilusión por el curso que tomaban los acontecimientos. A finales de año, el partido comunista de Krosntadt tenía sólo 2.228 miembros y 3.402 adherentes. Cerca de dos terceras partes de la militancia había sido expulsada, o bien se habían dado de baja.

¿QUÉ HABÍA DETRÁS DE LA REVUELTA?



Una de las acusaciones contra los sublevados de Kronstadt, la de que estaban dirigidos por un general zarista Koslovsky era totalmente infundada. En realidad el personaje existía y estaba en la ciudadela de Kronstadt, pero no como general, sino como uno de los asesores militares de artillería enviados por el Ejército Rojo a la ciudadela.

Víctor Serge atribuye a Kalinin a su vuelta a Petrogrado, la invención de la leyenda sobre el general zarista (26). Pese a las protestas, la actitud de los marinos de Kronstadt hacia el gobierno era cordial. Las diferencias podían haberse hablado y negociado. Pero Kalinin, en vez de comprender e intentar persuadir a los descontentos, los insultó y amenazó.

Para agravar la situación, una segunda delegación que los marinos enviaron a Petrogrado para explicar sus acuerdos a los trabajadores de Petrogrado fue detenida por la cheka. El sentimiento de fraternidad de los amotinados con el gobierno se trocó cada vez más en abierta hostilidad. Se sentían engañados por sus hermanos bolcheviques y estaban convencidos de que éstos habían traicionado el espíritu de Octubre. Los puentes se habían roto y las amenazas del gobierno sólo sirvieron para encrespar todavía más los ánimos de los amotinados. El Comité Militar de Kronstadt rechazó indignado las acusaciones:

En Kronstadt el poder total está sólo en manos de los marineros revolucionarios, los soldados del Ejército Rojo y los obreros y no de los Guardias Blancos encabezados por el general Kozlovsky, como proclama la calumniosa radio de Moscú... Tenemos sólo un general aquí que es Kuzmín, comisario de la flota del Báltico. Y ha sido arrestado. (27)

La leyenda sobre un general zarista en Kronstadt fue probablemente una invención de Kalinin, pero también queda claro que la propagación de ese cuento favorecía el objetivo del gobierno. Había que aislar la sublevación de los focos de descontento que pudiera haber en el continente. La calumnia pretendía recordar a la población el peligro real de que la contrarrevolución blanca aprovechara cualquier grieta del sistema para relanzar la guerra civil. En una situación tan límite como en la que estaban, con un país totalmente exhausto y un nuevo brote del conflicto habría conllevado inevitablemente la caída del régimen y el triunfo de la contrarrevolución. Víctor Serge cuenta que en aquellos días Lenin, gran conocedor de la historia de la revolución francesa, comentó a uno de sus amigos que: "Esto es el Termidor. Pero no nos dejaremos guillotinar. Haremos nuestro Termidor nosotros mismos." (28)

En realidad ningún dirigente bolchevique creía realmente que existiera un vínculo directo entre los sublevados y la contrarrevolución. Pero si era así ¿Porqué



recorrir a la calumnia cuando bastaba con decir la verdad?. La calumnia y la mentira para calmar a la población era un peligroso precedente.

En la campaña de desprestigio contra la sublevación se relacionó a los líderes de la rebelión con la oposición política y el exilio. Su representante más destacado, Petrichenko, fue identificado con los socialistas revolucionarios de izquierda, Valk, Toukin y Kilgast con los mencheviques (la cheka acusó a Romanenko sin pruebas de pertenecer a esta corriente); Verchinin, Perepelkin y Iakovenko se los relacionó con los grupos anarquistas; Baikov, Koupolov y Oreshin con los social revolucionarios de derechas y a Lamanov, considerado el principal ideólogo del movimiento, con los socialistas revolucionarios de izquierdas. Al parecer Petrichenko había estado afiliado al Partido Comunista en 1919, para abandonarlo al año siguiente, a la vuelta de su viaje a su aldea nativa, donde había entrado en contacto con la hostilidad que se vivía en el campo contra el comunismo de guerra. Independientemente de que los vínculos fueran reales o imaginarios (probablemente la mayoría de ellos era cierta), no nos interesa tanto la procedencia política de cada uno miembros del Comité Militar, como el programa que defendían, que se situaba en los antípodas de la contrarrevolución blanca.

Uno de los máximos dirigentes de los socialistas revolucionarios de derecha en el exilio, Víctor Chernov, que había sido presidente de la efímera Asamblea Constituyente, ofreció su ayuda a los amotinados. Al parecer en la reunión del Comité Militar, sólo uno de sus miembros, Valk, votó a favor de aceptar el ofrecimiento, mientras que otro, Perepelkin votó rechazarlo de inmediato. La mayoría de los miembros, siguiendo la opinión de Petrichenko y Kilgast, decidieron declinar el ofrecimiento... por el momento, hasta que la situación estuviera más clara. Llama la atención este inquietante "por el momento". ¿Era una forma diplomática para rechazar la oferta o simplemente esperaban un momento más favorable para aceptarla?

La oferta y la votación en la que fue rechazada se realizaron después de que la ruptura entre el gobierno y los sublevados se hubiera consumado. Sin embargo, parecería que si había llegado a existir algún tipo de complicidad, la oferta debería haber sido aceptada de inmediato, apelando a la gravedad de la situación y sin embargo no fue así.

Los bolcheviques denunciaron que la trama del levantamiento se había trazado desde París por el exilio, con la colaboración de los servicios secretos franceses. Dos semanas antes del motín, la prensa francesa, "*Le Matin*" y "*L'Hecho de París*" habían publicado una serie de informes sobre una supuesta revuelta que se había producido en... Kronstadt. El 12 de febrero "*VoliaRosii*" (Libertad Rusa), el



periódico de los socialistas revolucionarios en Praga hablaba de motín en la flota del Báltico, y dos días más tarde "*Ovshchee Delo*" (La Causa Común) de París, un periódico populista publicaba la misma información bajo el título de "Levantamiento en Kronstadt".

Los rumores sobre levantamientos en Rusia, unos reales y otros ficticios no eran raros en aquellos momentos y Kronstadt era una plaza de gran valor estratégico, por ser la puerta marítima de Petrogrado. Varias semanas antes del estallido, había llegado a oídos de los bolcheviques, que el Centro Nacional en el exilio, había estado planificando una sublevación de características similares a las de Kronstadt y había establecido contactos con un grupo en el interior del país (29). Tseidler, responsable de la Cruz Roja en el exilio, en un documento secreto enviado al Centro Nacional de París, anunció que iba a estallar una sublevación porque un grupo clandestino estaba dispuesto a transformar el creciente descontento de los marinos de la base, en una insurrección contra el poder soviético. Es probable, o en cualquier caso es posible, que existiera esa organización clandestina en Kronstadt, pero no parece que sus miembros formaran parte del Comité Revolucionario Provisional. Jean Jacques Marie lo descarta por completo y apunta a los antiguos oficiales zaristas que prestaban sus servicios en la flota. (30)

Es cierto que hubo contactos con la contrarrevolución, pero ninguna de las consignas del exilio fueron recogidas en el programa de los sublevados, ni existe ninguna prueba de que hubiera una complicidad entre el Comité Militar y los exiliados. Independientemente de si existían realmente, o si todo pertenecía al reino de la fantasía de los exiliados, la revuelta tuvo todas las características de haber sido totalmente espontánea. No se observan indicios de que estuviera planificada. Si así hubiera sido, los marineros habrían esperado algunas semanas más para amotinarse, una vez se hubiera producido el deshielo, para imposibilitar el asalto de las tropas del Ejército Rojo. Además, habían permitido que Kalinin regresase a Petrogrado, cuando habría sido un rehén muy valioso a la hora de negociar con el gobierno. En ningún momento adoptaron una actitud ofensiva y por el contrario se limitaron a parapetarse detrás de las murallas de la ciudadela, a la espera de que el gobierno se aviniera a negociar. Y finalmente, hasta la constitución del Comité Militar Provisional, Kronstadt se había limitado a expresar su malestar. Esta era sin duda alguna también la actitud del gobierno, que había enviado a Kalinin y a Kusmín para calmar los ánimos de los marineros.

Trotsky acusó a los sublevados de querer abrirle las puertas a la contrarrevolución y Lenin utilizó los mismos argumentos el 8 de marzo en el X Congreso del Partido para condenar el levantamiento. Sin embargo la sublevación



fue totalmente espontánea, pacífica y sin planificar. Hasta poco antes de la ofensiva del Ejército Rojo, los sublevados seguían convencidos de que el gobierno finalmente iba a entrar en razón.



¿FUE KRONSTADT UNA REVUELTA ANARQUISTA?

Kronstadt no fue una revuelta anarquista. Es cierto que formaron parte de la comuna rebelde y tuvieron una influencia significativa en ella, especialmente entre la Flota del Báltico, e incluso algunas de sus consignas fueron levantadas por los sublevados, como la defensa de los soviets libres, el ¡Abajo la comisariocracia! o su apuesta por la tercera revolución que acabaría con la dictadura bolchevique. Pero aunque importante, su presencia nunca fue mayoritaria, ni hegemónica con respecto a otras corrientes de la oposición izquierdista. De hecho su apuesta desde el primer momento no fue la instauración del comunismo libertario, sino la reforma democrática del sistema soviético, que la mayoría de los grupos en los que se encontraba dividido el anarquismo ruso no aceptaban por considerarlo una estructura de poder que finalmente derivaría de nuevo en un poder despótico.

Algunos historiadores, libertarios o marxistas, han considerado que la revuelta de Kronstadt fue inspirada y dirigida por el anarquismo. Isaac Deutscher, por ejemplo, considera que estuvo encabezada por esta corriente (31). Paul Avrich en cambio considera que sólo uno de los miembros del Comité Revolucionario Provisional, Perepelkin, estaba relacionado con el movimiento anarquista (32). Jean Jacques Marie incluye a otros dos integrantes, Verchinin y Iakovenko (33). Pero en cualquier caso su representación entre los miembros del comité dirigente nunca dejó de ser una fracción entre todas las corrientes allí representadas.

Los sublevados de Kronstadt no pertenecían a ninguna corriente política determinada. En su seno participaron además de los militantes anarquistas, miembros de todas las corrientes políticas de la izquierda, incluidos numerosos militantes del Partido Comunista y gente sin ningún tipo de afiliación política. Existía una fuerte simpatía hacia el anarquismo, en tanto en cuanto coincidían en denunciar los métodos autoritarios del gobierno bolchevique, pero el programa de los sublevados no era en absoluto anarquista.

PERO ¿QUÉ ES LO QUE QUERÍAN LOS DE KRONSTADT?

El programa de los amotinados de Kronstadt era muy confuso. No dejaba de ser una lista de quejas contra los abusos de poder de los comisarios. Como revolucionarios internacionalistas que eran, defendían la libertad y la fraternidad entre los pueblos. La "tercera revolución" por la que apostaban era en realidad un tránsito gradual hacia el socialismo, a partir de unas elecciones libres a los soviets independientes. Tal como expuso Lenin a los delegados del X Congreso del partido: *"Ellos no quieren a los Guardias Blancos, y tampoco quieren nuestro poder."* (34)



El funcionamiento de los soviets no debía estar sujeto a los intereses de los partidos y debía representar directamente la voluntad de los trabajadores y las clases populares. Eso no significa que fueran hostiles a los partidos socialistas y anarquistas, ni mucho menos, para ellos el papel de los partidos era el de integrarse en el seno de la democracia soviética. Se ha dicho que una de las demandas de los insurrectos era la de los "soviets sin comunistas". No es cierto. Su exigencia era el fin del monopolio comunista y la convocatoria de elecciones a los soviets en pie de igualdad de todas las organizaciones políticas y los sin partido. La reclamación de soviets sin comunistas había surgido entre el movimiento majnovista de Ucrania, pero nunca figuró entre las demandas de Kronstadt.

Jamás defendieron la convocatoria de la Asamblea Constituyente, que reclamaban los socialistas revolucionarios de derechas y que había aparecido en alguno de los manifiestos que se habían distribuido durante las huelgas de Petrogrado. Rechazaban la "democracia representativa" por considerarla que estaba al servicio de la burguesía y exigían el control directo de las masas sobre los soviets: *"Los soviets y no la Asamblea Constituyente, son el baluarte de los trabajadores"* (Izvestia).

Existen muchos puntos de coincidencia entre las demandas de Kronstadt y los programas de los diferentes grupos de oposición que existían dentro del partido bolchevique. Como "la Oposición de la Flota" (a la que algunos habían pertenecido) criticaban la prepotencia y el despotismo de los comisarios políticos. Como los "Centralistas Democráticos" se oponían al autoritarismo de los dirigentes y reclamaban la democratización del partido y los soviets. Y como la "Oposición Obrera" denunciaban la militarización del mundo del trabajo, la dirección unipersonal y el excesivo poder de los técnicos burgueses en las fábricas y la absorción de los sindicatos como engranajes del Estado. Como todos los grupos de la oposición comunista denunciaban el creciente aislamiento del partido con respecto a los trabajadores y atacaban a los dirigentes por alejarse de los ideales de Octubre.

Sin embargo las semejanzas acababan aquí. Mientras la oposición bolchevique se centraba en las reclamaciones de los obreros y prestaba poca o ninguna atención a las reivindicaciones del campesinado, las demandas de los sublevados de Kronstadt reflejaban principalmente el malestar y la crispación que existía en el campo. Mientras la oposición en el partido defendía el monopolio del poder y aprobaba el uso del terror cuando fuera necesario para preservar los intereses de la clase obrera, Kronstadt exigía la restauración formal de la democracia soviética.



El programa económico de Kronstadt constituía un verdadero ataque contra la política del comunismo de guerra. Exigían el cese de las coacciones contra el campesinado y los trabajadores y acusaban al gobierno de ser la causa de todos los males habidos y por haber, sin tener en cuenta para nada las terribles circunstancias que habían o todavía estaban atravesando, la guerra civil, el bloqueo internacional, la escasez de petróleo y materias primas, o los formidables obstáculos que existían para alimentar a una población hambrienta y enferma.

No sólo se reclamaba el final de las requisas del grano, la libre disposición de la tierra y el establecimiento de un mercado libre donde intercambiar los productos, sino también la supresión de las granjas estatales, al considerar que con ellas se había quitado una parte de las tierras a los agricultores y se perpetuaba la esclavitud asalariada del campesinado, al pasar la propiedad de la tierra de la antigua nobleza zarista al nuevo terrateniente, el Estado. Las demandas de Kronstadt como la de los movimientos agrarios de oposición, planteaban en última instancia una república utópica de pequeños propietarios campesinos, cultivando sus lotes de tierra.

Kronstadt rechazaba el control obrero de las fábricas y exigía el final de la propiedad estatal y de los experimentos tayloristas. Reclamaba la convocatoria de unas elecciones libres para devolver los sindicatos a los trabajadores, en vez de ser una correa de transmisión del Estado. El trabajador debía ser el propietario de la fábrica y disponer de la producción de la forma que le pareciera adecuada. En última instancia reclamaba la instauración de una especie de capitalismo popular utópico en el que los trabajadores de las fábricas habrían sustituido a sus antiguos propietarios, la burguesía, y después al Estado bolchevique.

Quince años más tarde, en la Catalunya revolucionaria de 1936, los anarcosindicalistas intentaron corregir esta ingenua forma de ver las cosas. Las empresas colectivizadas en manos de los trabajadores competían entre sí para vender sus productos en el mercado. El proyecto era a todas luces inviable porque habría acabado restaurando el viejo capitalismo con el que pretendían acabar, primero con la diferenciación creciente entre las empresas ricas y las empresas pobres, y después provocando una estratificación social que habría dado paso finalmente a una nueva burguesía.

La implantación de la NEP demostró que, por lo menos en lo que respecta a sus protestas y demandas, los sublevados tenían una buena parte de razón y de que las cosas no podían continuar de la misma forma.



¿PORQUÉ LOS BOLCHEVIQUES ACTUARON COMO LO HICIERON?

A pesar de que en otoño de 1920 ya aparecieron los primeros signos anunciadores de lo que iba a ocurrir en Kronstadt, el gobierno soviético, con un mar de fondo marcado por la proliferación de sublevaciones campesinas y enfrascado en los debates internos que dividían al partido en torno al papel de los sindicatos en la economía del país, apenas prestó atención. La revuelta de Kronstadt llegó sin que nadie lo hubiera advertido, y sin que nadie estuviera preparado para afrontarla.

Sin embargo, la revuelta no podía prosperar de ningún manera. No había ninguna posibilidad de que se transformara en una nueva revolución porque Petrogrado había vuelto a la calma y las revueltas campesinas sucedían muy lejos de Kronstadt. Sin embargo agravaba el caos social y era peligroso para un gobierno que acababa de salir de una guerra civil y no contaba con recursos suficientes para contentar a la población.

Los cables enviados desde las ciudades de Tallin y Estocolmo que habían sido interceptados demostraban que el exilio estaba atento a todo lo que pasaba en el interior de Rusia y estaba presto a intervenir en el momento en que las circunstancias se lo permitiesen. Las potencias capitalistas habían levantado el bloqueo comercial y se mostraban dispuestas a establecer relaciones diplomáticas con Rusia, pero en la sombra seguían conspirando contra el Estado soviético, al que consideraban peligroso por el simple hecho de haber surgido de una revolución y por desafiar con su existencia el orden capitalista internacional.

No hay que olvidar que Kronstadt era un lugar estratégico de gran valor militar. Controlaba el acceso por mar de Petrogrado. La base naval podía ser la chispa de una revuelta antisoviética, o bien convertirse en la cabeza de playa para una nueva invasión. Faltaban pocos días para que el hielo que cubría el golfo de Finlandia empezara a resquebrajarse. Esto explica la urgencia para acabar con la revuelta y no dar más tiempo a la posibilidad de un arreglo pacífico.

Los bolcheviques estaban preocupados porque la situación se les iba de las manos. La contrarrevolución blanca, derrotada por la fuerza de las armas, podía resurgir encarnada en la oleada de sublevaciones campesinas que asolaban el país, fruto del descontento generalizado. Además, el tratado de paz con Polonia todavía se estaba negociando. Un hipotético signo de debilidad podía ser interpretado como un signo de debilidad y animar a los militaristas polacos a lanzarse, con el apoyo de Francia, a una nueva aventura militar contra Rusia. En el X Congreso del partido, un Lenin francamente preocupado por los peligros de la situación, lanzó la voz de alarma.



Sin duda alguna esta contrarrevolución pequeño burguesa es más peligrosa que Denikin, Yudenich y Kolchak juntos, pues se trata de un campo en el cual la propiedad campesina a llegado a arruinarse, además de que la desmovilización del ejército ha dejado en libertad a grandes cantidades de elementos potencialmente revoltosos. (35)

El régimen soviético corría el peligro de ser barrido del mapa por la combinación de huelgas en las ciudades, levantamientos campesinos y por último Kronstadt. Lenin consideró que se enfrentaban a la crisis más grave desde Octubre. Si no se acababa cuanto antes con la revuelta y ésta conseguía conectar con el exilio y las sublevaciones campesinas, se corría el peligro de que todo se derrumbara. No es de extrañar pues que la prensa oficial utilizara todos los medios a su alcance, llegando hasta la calumnia y la mentira, para desprestigiar y aislar a los amotinados.

Tres años de guerra y violencia habían cambiado al partido. Lejos quedaba el optimismo de las primeras semanas. Si habían aprendido a confiar sólo en ellos mismos, también sentían un gran temor a los complots. En un ambiente tan paranoico los rumores que sacudían a la sociedad rusa también habían hecho presa en las filas del partido. Con los datos que llegaban, el motín tenía todas las características de formar parte de una conspiración contrarrevolucionaria. Se sabía que existían contactos con los exiliados y que el socialrevolucionario de derechas Chernov se había ofrecido para abastecer a los amotinados. La propaganda se mezclaba con una creciente ansiedad por los peligros que encerraba la situación.

Para agravar todavía más las cosas, además de la inestabilidad del campo y el malestar de las ciudades, y también a consecuencia de ello, el partido bolchevique se enfrentaba a una crisis interna que podía acabar en la escisión, cuando no en el estallido. Se encontraba dividido en varias fracciones enfrentadas. El grupo de Trotsky-Bujarin defendía el comunismo de guerra y la militarización del mundo del trabajo como condición indispensable para la reconstrucción del país. La Oposición Obrera reclamaba la independencia sindical con respecto al Estado, la progresiva descentralización del poder y un Congreso nacional de productores que estableciera el nuevo rumbo económico a seguir. La tercera fracción, el grupo liderado por Lenin, intentaba mediar y mantener la unidad del partido. Los sindicatos debían mantener un margen de independencia que les permitiera defender los intereses de los trabajadores en el seno de un Estado obrero que, reconocían, estaba afectado por graves deformaciones burocráticas. Sin duda alguna el clima que se respiraba en el seno del partido, contribuyó a la intransigencia de los dirigentes.



Cuando las noticias de la revuelta llegaron al X Congreso del Partido Comunista, provocaron la alarma de los delegados asistentes, que dejaron el encuentro para formar parte de las tropas que se dirigían a Kronstadt. Entre ellos estaba la Oposición Obrera y los miembros de la antigua tendencia de los Centralistas Democráticos, que defendían reivindicaciones similares a las de los amotinados. Sin embargo y pese a las coincidencias existentes, defendían que en aquellas circunstancias, los marinos no tenían derecho a poner entre la espada y la pared al gobierno, ni siquiera teniendo razón en lo que reclamaban.

Los dirigentes del partido se planteaban ceder en muchas de las reivindicaciones de índole económico, pero no en las que atañían a la cuestión del poder político. El comunismo de guerra estaba agotado, esto bien lo sabían Lenin y sus compañeros, pero otra cosa bien distinta era ceder en lo político, entre otras cosas porque no existía ninguna alternativa capaz de defender la revolución.

¿HUBO INTENTOS DE NEGOCIACIÓN ENTRE LAS DOS PARTES?

¿Realmente se agotaron todas las posibilidades de negociación del gobierno con los insurrectos? ¿Se hizo todo lo posible para encontrar un arreglo pacífico entre las dos partes?

Al parecer el gobierno bolchevique era al principio partidario de negociar. Al fin y al cabo muchas de sus reivindicaciones ya figuraban en las concesiones que Zinoviev había dado a los huelguistas de Petrogrado. Otras estaban en estudio e iban a ser satisfechas poco después con la implantación de la Nueva Política Económica (NEP). En la primera semana del conflicto se hicieron llamamientos a los amotinados. La visita de Kuzmin y Kalinin a Kronstadt tenía como objetivo entablar negociaciones. Sin embargo las intervenciones de los dos dirigentes, llenas de insultos y amenazas, sólo sirvieron para romper cualquier posibilidad de arreglo pacífico. Después, los ultimátums enviados, acabaron por incendiar los ánimos. Rotos los puentes, sólo había lugar para el enfrentamiento.

Las reclamaciones políticas de Kronstadt ponía en entredicho la dictadura bolchevique exigiendo elecciones y soviets libres y eso no podía tolerarse de ninguna manera. La guerra y la actitud de los grupos de la oposición desde Octubre con respecto a la revolución de los soviets, había llevado a los bolcheviques a identificarse con la revolución. Si ellos caían, caía la revolución. Lamentablemente, no andaban totalmente desencaminados.

El 5 de marzo, un grupo de anarquistas (Alexander Berkman, Emma Goldman, Perkus, Petrovsky) hizo un último esfuerzo para persuadir a los bolcheviques y evitar la tragedia. En una carta dirigida a Zinoviev, propusieron la



formación de una comisión de cinco miembros, de los que dos serían anarquistas, para dirigirse a Kronstadt y entrevistarse con los amotinados, con el objetivo de restablecer las conversaciones.

El frío y el hambre han producido el descontento, y la ausencia de la más mínima oportunidad para discutir y criticar han forzado a los obreros y marineros a airear sus quejas en público.

Las bandas de los Blancos deseaban y trataban de explotar esta insatisfacción en su propio interés de clase. Escondidos tras los obreros y marineros, lanzaron proclamas a favor de la Asamblea Constituyente, libertad de comercio y exigencias similares.

... mantenemos que debe ser resuelto no por la fuerza de las armas, sino por medio de un acuerdo entre camaradas....

Aún más importante, el uso de la fuerza por parte del gobierno de los obreros y campesinos en contra de los trabajadores y marineros tendrá un efecto desmoralizador sobre el movimiento revolucionario internacional y conllevará un incalculable perjuicio para la revolución social. (36)

Aunque la carta quedó sin respuesta, se sabe que al día siguiente, el soviet de Petrogrado envió un comunicado al Comité Militar Provisional de Krosntadt, preguntándoles si una delegación de miembros del soviet, afiliados y no afiliados al partido, podían visitar la base naval para observar la situación. Irritados al parecer por las detenciones de los familiares de los marinos, dieron el paso fatal. La respuesta fue que no confiaban en el estatus de la delegación y pedían al pueblo de la capital que enviara obreros, soldados y marinos que no fueran miembros del partido. El llamamiento fue interpretado como un signo de debilidad del gobierno y al respuesta airada precipitó los acontecimientos.

El paso de Kronstadt, de la protesta a la sublevación fue, al parecer, consecuencia de un rumor, el de que una columna armada de comunistas se dirigía a la plaza fuerte, para terminar con los disturbios en la base naval. El rumor era totalmente injustificado. Petrichenko, uno de los miembros del Comité Militar Provisional de Kronstadt lo atribuye a militantes comunistas, que eran los interesados en que se disolviera la asamblea. No se han encontrado pruebas ni a favor, ni en contra de que así fuera. Pero llama la atención la escalada de la hostilidad y desconfianza que existía entre ambas partes.

¿SE PODÍA HABER EVITADO LA TRAGEDIA?

Primero el aplastamiento del movimiento majnovista en Ucrania y después Kronstadt, abrieron un profundo abismo entre el anarquismo y el marxismo que no ha podido cerrarse totalmente hasta el día de hoy. Algunos testimonios de los hechos, como el anarquista norteamericano Alexander Berkman, que había simpatizado hasta esos momentos con la revolución bolchevique, rompieron



definitivamente con ella. Berkman, amargado y desilusionado por el rumbo que tomaban los acontecimientos, denunció la represión y declaró que Kronstadt reflejaba la esencia autoritaria del Estado comunista, tal como se estaba construyendo en Rusia.

Para los bolcheviques la sublevación debía ser derrotada a toda costa. Ceder a las demandas políticas de los amotinados equivalía liquidar la revolución. Se puede o no estar de acuerdo con esta apreciación, pero la casi totalidad de los bolcheviques estaba convencido de ello. Todos los grupos de la oposición en el partido, que criticaban agriamente la deriva autoritaria de sus dirigentes y que coincidían en muchos de los puntos de la plataforma de Krosntadt, estaban convencidos de ello. Los delegados de la Oposición Obrera y de los antiguos Centralistas Democráticos, que estaban presentes en el X Congreso del partido, se presentaron voluntarios para ir a combatir contra los sublevados. Pero, una vez derrotada la revuelta, tal como se pregunta Víctor Serge en sus memorias ¿era necesaria una represión tan implacable? Si reconocían que los sublevados eran sus hermanos, revolucionarios convencidos como ellos, pero que se habían equivocado, ¿No hubiera sido mejor la generosidad y la comprensión hacia los vencidos?

Sin duda alguna las circunstancias en las que se había ido desarrollando la revolución en los tres años y medio que distaban de Octubre, facilitaron el desarrollo de las tendencias autoritarias de los bolcheviques. La represión pudo haberse moderado con la generosidad de los vencedores y eso no se habría visto como un signo de la debilidad, sino de fortaleza del régimen ¿Realmente era necesaria la brutalidad con la que se trató de los sublevados, después de haber sido derrotados? El mensaje que pretendían transmitir era que estaban dispuestos a continuar, contra viento y marea en la construcción de las bases del socialismo. La contrarrevolución blanca estaba vencida y no volvería a levantar cabeza.

La represión posterior dejaba claro que el retorno a la democracia soviética se posponía para un futuro indeterminado. El partido bolchevique que había hecho posible el triunfo de Octubre se convertía ahora definitivamente en el único guardián de la revolución, y todavía más, sólo la dirección del mismo, parecía capacitada para dirigirla. La debilidad del régimen era preocupante. Habían estado a un paso de caer en el abismo. Ahora había que dar marcha atrás, para recuperar el apoyo de la clase obrera y del campesinado.

Pero para los dirigentes bolcheviques la retirada que suponía la nueva política económica conllevaba nuevos peligros. Los mencheviques y socialistas revolucionarios que veían en el fin del comunismo de guerra el fracaso de los bolcheviques y de la revolución de Octubre, podían cohesionar a las fuerzas sociales



que se beneficiaban con los cambios y que eran hostiles al socialismo. La unidad del partido era en aquellos momentos más necesaria que nunca para sortearlos. Las medidas propuestas por Lenin sólo eran circunstanciales, sólo hasta que la situación se estabilizara y la revolución no corriera peligro. Sin embargo las circunstancias excepcionales se iban a eternizar y en el futuro iban a transformarse en los pilares de un nuevo Estado monolítico y policial que encarnaría la contrarrevolución que pretendían combatir.

¿QUE PODÍA HABER PASADO SI KRONSTADT HUBIERA VENCIDO?

La sublevación de Krontadt no fue el fruto de ninguna conspiración contrarrevolucionaria sino un estallido espontáneo de indignación solidaria de los marinos. No había nadie detrás, sino el cansancio y la desilusión de muchos de los que creían en la revolución. Pero eso no quiere decir que la contrarrevolución blanca y las potencias capitalistas no estuvieran dispuestos a sacar tajada de la situación. Sus demandas eran justas pero no podían vencer. Las circunstancias no lo permitían.

Pero el país estaba completamente agotado, la producción casi detenida, no quedaban ya reservas de ninguna clase, ni siquiera reservas nerviosas en el alma de las masas. El proletariado de élite, formado en las luchas del antiguo régimen, estaba literalmente diezmado. El partido, engrosado por la afluencia de los que se adherían al poder inspiraba poca confianza. De los otros partidos sólo subsistían cuadros ínfimos de una capacidad más que dudosa. Podían sin duda reconstituirse en algunas semanas, pero incorporando a millares de amargados, descontentos, exasperados, y ya no como en 1917, entusiastas de la nueva revolución. La democracia carecía de impulsos, de cabezas, de organizaciones y sólo tenía tras de sí masas hambrientas y desesperadas. (37)

La victoria de Kronstadt habría sido el final de la dictadura bolchevique. Pero no había alternativa posible entre ellos y la contrarrevolución blanca. Ni los mencheviques, ni ninguna de las fracciones en las que se encontraban divididos los socialistas revolucionarios, estaban en condiciones para serlo. Ni siquiera una coalición de todos ellos. El desprestigio de mencheviques y socialistas revolucionarios de derechas, por haberse opuesto a Octubre, y después la represión durante la guerra civil, habían mermado sus filas. Tampoco los social revolucionarios de izquierdas se habían salvado de la decadencia y la división. No era lo mismo denunciar los excesos del poder, que tomarlo. Tampoco los anarquistas eran una alternativa. Instalados en la denuncia contra el autoritarismo bolchevique y divididos en una infinidad de grupos y subgrupos, carecían de un



programa coherente para tomar un poder que rechazaban y con el que no habrían sabido qué hacer.

Poco importaba que Kronstadt reclamase la recuperación de la democracia soviética. Los dirigentes del exilio lo sabían, independientemente de cuales fueran sus demandas políticas. El objetivo principal inmediato era el derrocamiento de los bolcheviques. Después ya habría tiempo para ajustarle las cuentas a los triunfadores coyunturales y devolver al país al orden capitalista del que nunca debió haber salido. Miliukov, el principal dirigente del partido kadete y de la burguesía rusa lo comprendía perfectamente:

Apoyemos a cualquiera, incluso a los anarquistas, no importa cuál sea el poder de los soviets, siempre que los bolcheviques sean derrocados, siempre que se produzca un desplazamiento del poder. Poco importa que éste sea hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia los mencheviques o hacia los anarquistas, siempre que el poder sea apartado de los bolcheviques. (38)

Víctor Serge nos ofrece en sus memorias una conversación mantenida con Máximo Gorki, antiguo miembro de la socialdemocracia rusa y en aquellos momentos defensor crítico de la revolución, que explica a la perfección la soledad y el papel que jugaban los comunistas en aquella situación.

Vi inmediatamente en él al testigo por excelencia, al justo testigo, al implacable testigo de la revolución, y así fue como me habló. Muy duro para los bolcheviques, 'ebrios de autoridad', que 'canalizaban la violenta anarquía espontánea del pueblo ruso', 'recomenzaban un despotismo sangriento', pero que eran 'los únicos en el caos', con algunos hombres incorruptibles a su cabeza. (39)

El prestigio del gobierno soviético estaba bajo mínimos. Dirigir un país en ruinas, con una población enferma, hambrienta y desesperada era una tarea titánica, casi imposible. Las energías que habían hecho posible la revolución de Octubre estaban agotadas desde hacia tiempo. Ya nadie pensaba en los soviets, el socialismo y la revolución. Los trabajadores sólo esperaban un respiro, una bocanada de aire fresco, un pedazo de pan que calmara el hambre, o un poco de calor que aliviara la crudeza del invierno. Pese a la derrota en la guerra civil, la contrarrevolución tenía su caldo de cultivo.

La caída de los bolcheviques habría implicado un vacío de poder que no habría podido ocupar nadie. Primero habría sido la proliferación y extensión de las sublevaciones campesinas, la matanza de los comunistas, el rebrote de la guerra civil, la vuelta del exilio y finalmente la instauración de una nueva dictadura dirigida por algún viejo general zarista.



Pero ¿era posible una vuelta progresiva a la democracia soviética que había alentado Octubre? En aquellos momentos unas elecciones libres en los soviets habría significado una dura derrota para los comunistas, un salto en el vacío. Ningún otro grupo se habría alzado con la victoria y el poder se habría atomizado hasta desaparecer. Una de las consecuencias de la guerra había sido que los bolcheviques no confiaban en nadie, salvo en ellos mismos. Después de tantos esfuerzos ¿Estaban dispuestos a poner en peligro todo lo conseguido? Los dirigentes estaban convencidos de que era el momento de cerrar filas. Era preferible posponer la democracia soviética a un futuro indeterminado, en el que el país se habría estabilizado, bajo la dirección férrea del partido.

EL X CONGRESO DEL PARTIDO Y EL PRELUDIO DE LA NEP.

En palabras de Lenin, Kronstadt había iluminado la realidad como un relámpago en la noche. El X Congreso del Partido Comunista que se estaba celebrando en Moscú, en el momento de la sublevación, tuvo que encararse con la realidad, que los dirigentes bolcheviques se habían resistido a aceptar. En las últimas jornadas del Congreso, Lenin anunció en que iba a consistir la nueva política económica.

Ya en el mes de diciembre de 1920, en el VIII Congreso de los soviets, frente a las críticas de los delegados mencheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas, Lenin había considerado la posibilidad de acabar con las requisas del comunismo de guerra y sustituirlas por un impuesto en especies. Pero la situación no era nada fácil y las dudas le hicieron rechazar la idea por prematura. El 24 de febrero presentó un borrador al Comité Central para que lo incluyera en la agenda del Congreso del partido, que estaba a punto de celebrarse. Kronstadt había puesto al descubierto el malestar y crispación que había en la sociedad rusa. Disipó las dudas y demostró a los bolcheviques lo cerca que estaban de caer en el abismo. Estaban en una situación límite. Cambiar la política económica, era ya una cuestión de vida o muerte.

sólo un acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia hasta que se produzca la revolución en otros países ...

Hasta que no hayamos remodelado al campesinado, hasta que la maquinaria en gran escala lo haya reestructurado, debemos asegurarles la posibilidad de dirigir su economía sin restricciones. Tenemos que encontrar formas de coexistencia con el pequeño granjero. (40)

En el X Congreso del partido Lenin admitió que se habían equivocado y que Rusia no estaba preparada para el socialismo y que en el mejor de los casos



tendrían que pasar generaciones para que eso fuera posible. Sólo una revitalización de la revolución europea podía acelerar el proceso y en aquellos momentos ni estaba, ni se la esperaba. Habían ido demasiado lejos y la situación había estado a punto de escapárseles de las manos. El comunismo de guerra estaba más que agotado y se había revelado como un sistema impopular y a todas luces insostenible. Había que dar marcha atrás y hacer las cosas de otra manera antes de que fuera demasiado tarde,

Había que volver al "Capitalismo de Estado", la base sobre las que un día empezaría a construirse el socialismo. No se trataba de restaurar el capitalismo, la gran industria continuaría siendo propiedad del Estado, sino de establecer el libre mercado para el grano, la única forma de contentar a los campesinos. El libre mercado implicaba el fin del monopolio estatal y la reaparición de los comerciantes privados para abastecer a las ciudades. Las fábricas productoras de bienes de consumo serían desnacionalizadas y se reducirían las subvenciones a la industria estatal para evitar la hiperinflación y la pérdida de confianza en el rublo.

No había otra forma de romper el nudo gordiano de la situación. Había que contentar al campesinado y restablecer la alianza, pero éste sólo iba a entregar voluntariamente sus excedentes si podía intercambiarlos por los bienes de consumo y de equipo que necesitaba. Por consiguiente, era el proletariado industrial quién tendría que apretarse el cinturón y pagar los platos rotos. Serían los obreros los que cargarían en un primer momento con las consecuencias. Sería sobre ellos sobre los que recaería todo el peso de la Nueva Política Económica. Se reducirían los salarios, se endurecería la disciplina laboral y se reforzaría la autoridad de los directivos y de los técnicos burgueses en las fábricas. Para muchos obreros y militantes del partido si aquello no era capitalismo, en el pleno sentido de la palabra, por lo menos se parecía.

Efectivamente, era una retirada en toda regla. La situación continuaba siendo más delicada que nunca y la derrota de Kronstadt no constituía ninguna garantía contra la desestabilización. Una buena parte del país estaba en un estado de rebelión permanente contra el régimen soviético y el comunismo de guerra. En la región del Tambov, los ejércitos verdes campesinos se enfrentaban al Ejército Rojo. Pese que el bloqueo internacional había sido un fracaso, había dejado un país exhausto. Las potencias capitalistas volvían a entablar acuerdos comerciales con Rusia, pero esto no significaba que no estuvieran prestas a apoyar cualquier fuerza dispuesta a acabar con el gobierno de los bolcheviques.

Kronstadt había sido un serio aviso. La retirada en el campo económico vino acompañada de un endurecimiento de la represión política. Si no iban a renunciar al



poder, debían terminar cuanto antes con el descontento y con los posibles focos de desestabilización. En aquellas circunstancias, para los dirigentes bolcheviques, la democracia socialista que habían prometido en Octubre, era un lujo que no se podían permitir. En las jornadas del Congreso, Lenin había proclamado que: *“Ha llegado el momento de terminar con la oposición, de cerrarle la boca; ya hemos tenido bastante oposición.”* (41)

Una oleada de detenciones políticas desarticuló lo que quedaba de la oposición. El final de la guerra civil, lejos de suavizar la represión, la había acentuado todavía más. Los anarquistas habían sido finalmente ilegalizados. Los mencheviques fueron acusados de conspirar con el enemigo y de sabotear los ferrocarriles. Sus principales dirigentes Dan y Abrámovich, habían sido detenidos por la cheka con el pretexto de haber promovido los disturbios en las fábricas de Petrogrado. La intención de los chekistas era fusilarlos, pero fueron liberados más tarde a instancias de Lenin.

¿Realmente era necesario acabar con la oposición socialista y anarquista? ¿No habría sido más factible integrar a las organizaciones que estaban dispuestas a trabajar en el seno del sistema soviético? Los mencheviques, por ejemplo, al contrario que los socialistas revolucionarios de derecha, se habían negado a apoyar cualquier intento de derrocar a los bolcheviques por la fuerza de las armas, y habían realizado su oposición y sus críticas al gobierno, dentro de los estrechos cauces legales. Reclamaban unas elecciones libres para conquistar una parte de la autoridad política en el seno de los soviets y se opusieron a la insurrección y amenazaron con expulsar a los militantes que colaboraran con la contrarrevolución.

Víctor Serge reconoce que una coalición con los mencheviques y los social revolucionarios de izquierda en el seno de los soviets habría sido hartamente complicada y sin duda habría implicado nuevos peligros, pero en cualquier caso habrían sido menores que los que conllevaba apostar por el monopolio del poder. Los bolcheviques desconfiaban de sus antiguos compañeros y temían que en aquellas circunstancias, la competencia política debilitara la revolución, en un momento en el que se encontraba aislada y cercada por las potencias capitalistas.

Sin embargo no era suficiente con terminar con la oposición externa. El peligro también procedía de la desunión que reinaba en las mismas filas del partido bolchevique. La amenaza de escisión en el X Congreso había especialmente grave. Una ruptura del partido en aquellas circunstancias podía provocar una implosión, que habría tenido consecuencias fatales para la revolución. Ya en enero, Lenin se había mostrado francamente preocupado por la creciente tensión que existía en el seno del partido. *“El partido está enfermo. El partido tiembla de fiebre”*. A menos



que pueda curarse de su enfermedad *“en forma rápida y radical”*... ocurrirá *“una escisión inevitable”* que podría resultar fatal para la revolución.” (42)

Los enfrentamientos convencieron a Lenin de que, aunque fuera de forma temporal, las fracciones debían ser prohibidas hasta que la situación mejorara. Una escisión en aquellas circunstancias habría sido un verdadero desastre. Consciente también de que la burocracia y la corrupción estaban haciendo mella en el partido, la dirección ordenó una purga de los miembros poco fiables políticamente que habían entrado después de Octubre.

La Oposición Obrera a pesar de haber condenado el levantamiento y de que sus delegados se hubieran presentado como voluntarios para combatir, fue calificada como una desviación anarcosindicalista y suprimida. Lenin pensaba en términos militares. Si había que replegarse hacia el capitalismo de Estado, la unidad en las filas del partido era más necesaria que nunca.

EN EL PUNTO DE NO RETORNO

La tragedia de Kronstadt fue un serio aviso de que la revolución se encontraba gravemente enferma. En esta ocasión la violencia se había llevado a cabo no contra la contrarrevolución armada, sino contra otros revolucionarios que, equivocados o no, eso era lo de menos, no dejaban de ser sus hermanos en la lucha.

Marx y Engels habían defendido que el socialismo tan solo era posible en países en los que el capitalismo hubiera madurado y creado las condiciones para su superación. Sin embargo Marx al final de su vida había reflexionado sobre la posibilidad de que la revolución se pudiera dar en países atrasados como Rusia, pero sólo con la condición de que fueran auxiliados por otros Estados obreros económicamente más avanzados. Lenin, profundo conocedor de las tesis de Marx había apostado por ellas.

En el período anterior y posterior a la revolución de Octubre, los bolcheviques siempre se habían visto como parte de un nuevo orden internacional que iba a suceder al capitalismo en bancarrota. Lenin incluso se había mostrado presto a sacrificar la revolución en Rusia, si con eso favorecía la de los países de capitalismo avanzado, como Alemania o Francia, que desde una perspectiva internacionalista eran más importantes. Para los bolcheviques, Octubre era tan sólo un privilegio que les concedía la historia de ser los primeros en asaltar los cielos, parafraseando a Marx. Esperaban que la guerra europea pronto iba a incendiar el continente. La revolución rusa sería la avanzadilla, pero tan solo un acontecimiento de importancia secundaria de la revolución socialista mundial.



La gran tragedia de los bolcheviques fue que se quedaron solos. La revolución fracasó en Alemania y Francia, en otros países simplemente no sucedió. Rosa Luxemburgo, entusiasta y a la vez crítica de la revolución rusa denunció que: los revolucionarios rusos habían sido traicionados por el proletariado alemán y europeo, que los había abandonado a su suerte.

¿Qué podían hacer los bolcheviques aislados del mundo, en un país tan atrasado como Rusia, donde la inmensa mayoría de la población aspiraba tan solo a apropiarse de la tierra y veía con hostilidad cualquier experimento socialista en el campo?, ¿Cómo podían construir el socialismo en estas condiciones? ¿Cómo podía sostenerse la dictadura del proletariado, la democracia obrera, cuándo el proletariado era tan solo una pequeña minoría en la sociedad rusa? Para más inri, en 1921 el número de trabajadores se había reducido a menos de la mitad de los que había en 1917. Sin embargo, el problema no era sólo de índole cuantitativo, también era cualitativo.

Quizás el impacto más desconcertante para los bolcheviques había sido descubrir que la clase obrera, o por lo menos una buena parte de ella, a la que creían representar, había dejando de seguirles. Cansada y desmoralizada por años y años de guerra, hambre y penuria, a lo único que aspiraban era obtener un respiro que les permitiera reconstruir sus vidas. No renegaban de la revolución, ni de los soviets, pero estaban cansados del autoritarismo de los bolcheviques. Incluso los que pensaban que las medidas del comunismo de guerra y la represión habían sido necesarias durante la guerra civil, consideraban que ya no eran necesarias.

Ya no hay un verdadero proletariado revolucionario y los proletarios que quedan se apartan del partido y de sus perspectivas históricas para aferrarse a la búsqueda de una salvación tan individualista como problemática. ¿Cómo iban los bolcheviques a aceptar la libre confrontación de ideas y la libre elección en los soviets si sabían que las nueve décimas partes de la población les eran hostiles, cuándo pensaban que su derrocamiento conduciría en un caos sangriento a una recaída aún mayor que la precedente, en la barbarie y a la vuelta al reino reaccionario de los organizadores de 'pogroms'. (43)

Primero la dictadura del proletariado se había transformado en la dictadura en nombre del proletariado. Los acontecimientos ocurridos en los primeros meses de 1921 revelaban que ahora, los bolcheviques se estaban quedando sin el apoyo, o por lo menos de una buena parte de ella, de la clase que creían representar. Si en aquel momento se hubieran convocado elecciones libres, sin duda habrían sido derrotados. Nadie, absolutamente nadie, había previsto una situación de estas características.



Se suponía que la clase obrera y su vanguardia eran parte de un todo indivisible. Defendían los mismos intereses. El partido era la conciencia organizada. Las huelgas de Petrogrado y finalmente Kronstadt revelaron que las cosas no eran tan sencillas como parecía. El desconcierto cundió en el partido. Sus dirigentes defendieron el derecho histórico del partido para dirigir la revolución hacia el socialismo. El partido se convertía en el guardián de las esencias de Octubre. Pese a las declaraciones bienintencionadas de los dirigentes, pese al voluntarismo de los bolcheviques, algo rechinaba en los engranajes de la revolución.

Empujados por las circunstancias y en parte también por su ideología socialista, habían ido demasiado lejos. El campesinado y también una gran parte del proletariado que todavía subsistía había dejado de seguirles. El cambio de rumbo era la única forma de evitar que la revolución se desnaturalizase. Al fin y al cabo Octubre se aguantaba sobre una alianza llena de contradicciones. Los obreros soñaban con el socialismo, pero el grueso del campesinado tan solo aspiraba a un capitalismo agrario, basado en la pequeña y mediana propiedad.

Lenin pretendía un desarrollo ordenado de la economía del país, de las estructuras de un capitalismo atrasado hacia el socialismo. El problema era que los materiales con los que contaban eran pobres e insuficientes. La combativa clase obrera no había aprendido a dirigir las empresas. La burguesía siempre los había alejado de los puestos de gestión y administración. Tenían que aprender. Sin embargo no había margen de maniobras. Una vez más, lo urgente no daba paso a lo importante. Antes que empezar a construir el socialismo, era necesario evitar el colapso.

Se ha acusado a los bolcheviques de sustituisimo, de que desde sus orígenes la tendencia había sido la de sustituir a la clase por el partido. Efectivamente existía esa tendencia, pero no era diferente en el resto de la izquierda rusa. En Octubre, los mencheviques no habían vacilado en oponerse a la toma del poder por los soviets, porque lo que correspondía en aquellos momentos era una revolución burguesa y por consiguiente era la burguesía la que debía dirigirla. No importa que en aquellos momentos la mayoría de los obreros fuera partidaria de la toma del poder. Rompieron con los soviets cuando la mayoría no les dio la dirección. ¿Y qué decir de los social revolucionarios de derechas? Teóricos representantes del campesinado que se negaron a aceptar el decreto de la tierra que entregaba la tierra a los campesinos. Tampoco eran diferentes los social revolucionarios de izquierda, que descontentos con el tratado de paz de Brest Litovsk, prefirieron llevar a cabo una insurrección, antes que luchar para obtener la mayoría en los soviets en los que participaban.



Los anarquistas eran un caso aparte. No pretendían a sustituir a la clase obrera porque tampoco se planteaban nada que no fuera la simple espontaneidad y la utopía de un nuevo orden que nadie sabía como, surgiría de la nada. Habían acompañado a los bolcheviques en la tarea de destruir el antiguo régimen, pero Octubre también los apartó. No creían en el poder, ni en el estado transitorio. La mayoría rechazó formar parte de los soviets porque lo consideraban una forma de Estado y de poder que acabaría en el despotismo. No se daban cuenta que al abandonarlos, facilitaban la tendencia que condenaban. Los majnovistas ucranianos fueron un caso aparte. Mucho más prácticos que sus camaradas rusos intentaron llevar a cabo su proyecto económico y social. Esto no les impidió ejercer un poder en el territorio que ocupaban que no dejaba de ser una dictadura. Néstor Majno colocó a sus incondicionales en los puestos de mayor responsabilidad en los llamados soviets libres, que no eran más que soviets sin comunistas. La condición "sin comunistas" de dejaba de ser una imposición a la población. Pese a sus creencias anarcocomunistas Majno fue un caudillo revolucionario, "padrecito", como le llamaban sus incondicionales. Sin embargo, su personalismo carismático, es decir su "sustituismo" no empaña la grandeza de su obra.

El sustituismo no deja de ser una tendencia que existe en el seno de las organizaciones revolucionarias y que está directamente vinculada al atraso de la conciencia de los trabajadores y las clases populares. La dictadura del proletariado, la democracia participativa y los sistemas asamblearios se basan precisamente en la idea de que todos somos necesarios y nadie es imprescindible. Todo lo demás es teología y declaraciones de buenas intenciones, que tarde o temprano se vienen abajo. ¿O es que los dirigentes anarcosindicalistas españoles - todos lo sabemos, en terribles circunstancias- no acabaron sustituyendo la voluntad del proletariado revolucionario, para convertirse en ministros de la república burguesa? .

Octubre abrió las puertas a la primera revolución socialista triunfante de la historia. Sin embargo los medios para construir el nuevo orden eran más que limitados. Esa es la razón de que Lenin se planteara construir el capitalismo de Estado, como paso previo al socialismo. Irónicamente, no dejaba de ser la confirmación de que las tesis de los mencheviques de que Rusia debía pasar por la fase de la revolución burguesa no estaban totalmente equivocadas. No bastaba con la voluntad decidida de los revolucionarios para construir el socialismo, había que crear las bases sociales y económicas para que fuera posible.

Contra lo que los supersticiosos y doctrinarios puedan pensar, el poder no siempre corrompe, ni los que aspiran a él, están corrompidos y aspiran a él sólo por



querer tenerlo. El destino de la revolución de Octubre no estaba escrito de antemano. La revolución tenía muchos posibles futuros. Lo que aquí nos importa es comprender porqué y en qué circunstancias derivó hacia el estalinismo. Tal como reflexiona Víctor Serge:

Se ha dicho a menudo que 'el germen del estalinismo estaba en el bolchevismo en sus comienzos'. Pues bien, no tengo nada que objetar. Sólo que los bolcheviques contenían muchos otros gérmenes -una gran cantidad de otros gérmenes- y quienes asistieron al entusiasmo de los primeros años de la primera revolución victoriosa no deberían olvidarlo. (44)

La situación permanente de urgencia, los decretos con los que se pretendía esquivar los peligros, el ambiente de guerra civil, en medio de un caos y una penuria generalizadas, la incapacidad de un proletariado semianalfabeto para dirigir la producción, todo contribuyó a que la revolución se deslizara por la pendiente del terror y la tragedia.

Cabe preguntarse si las cosas podían haber sido de otro modo y si en ese caso el final habría sido otro. Quizás sí, quizás no. La pregunta y las respuestas viven en el mundo de la especulación. Probablemente las medidas que adoptaron los bolcheviques salvaron a corto plazo la revolución, pero fue a costa de condenarla después. Se había cruzado en Rubicón. Ya no habría vuelta atrás. El peligro contrarrevolucionario exterior había sido definitivamente vencido, ahora la amenaza procedería de las entrañas del régimen que los bolcheviques habían ayudado a construir. La revolución se estaba preparando para devorar a sus hijos. "Ni Marx, ni Engels, ni Lenin, ni los demás dirigentes bolcheviques en el período inmediatamente posterior a la insurrección de 1917 se plantearon el problema de la burocracia, como capa social que iba a jugar un papel específico autónomo en relación a las otras tres grandes fuerzas sociales." (45)

Mientras la situación no cambiara, es decir, parafraseando a Lenin, mientras todos no se convirtieran en burócratas, la burocracia era necesaria para administrar aquel inmenso país. Sin embargo la burocracia tenía sus propios intereses que divergían con los de los bolcheviques y con los de la revolución. El inmenso poder adquirido en las empresas y en las oficinas de los ministerios se transformaba en corrupción y privilegios. El proletariado, exhausto y desmoralizado, se refugió en la apatía. No volverían a surgir las protestas masivas que habían precedido a la tragedia de Kronstadt. La burocracia seguiría multiplicándose y capitalizando más y más poder, sin que para nada sirvieran todos los esfuerzos para evitarlo. De nada servirían los últimos combates de Lenin, junto a Trotsky, contra la amenaza que se cernía contra una revolución que estaba gravemente enferma. El monstruo de



Frankestein tenía vida propia y se colaba por las rendijas en el partido. "La máquina se escapa de vuestras manos, puede decirse que otro la dirige, corre en otra dirección que la que se ha fijado... Si nosotros consideramos a Moscú con sus 4.700 comunistas responsables y toda la máquina burocrática, ¿cuál de las dos dirigirá a la otra? En verdad, los comunistas no dirigen, son dirigidos." (46)

En estas condiciones, la dictadura del proletariado que pretendían construir los bolcheviques, se asemejaba cada vez a un barco a la deriva. Lenin y sus compañeros orientaban el buque en una dirección, la creación de las bases para la futura construcción del socialismo, pero la nave seguía su propio rumbo.

NOTAS:

- (1) JEAN JACQUES MARIE. "Cronstadt" pág. 68.
- (2) DAVID PRISTLAND. "Bandera Roja", pág.112. Cita a Figes, Peasant Russia.
- (3) JEAN JACQUES MARIE. Op. Cit., pág. 65.
- (4) PAUL AVRICH. "Kronstadt 1921" pág. 21.
- (5) ORLANDO FIGES. "La revolución rusa (1891-1924), pág. 661.
- (6) ORLANDO FIGES. Op. Cit., pág. 684.
- (7) PAUL AVRICH. Op. Cit., pág. 34.
- (8) ERIC TOUSSAINT. "Lenin y Trotsky frente a a burocracia y a Stalin" (artículo 25.01,17)
- (9) JEAN JACQUES MARIE. Op. Cit., pág. 153.
- (10) JEAN JACQUES MARIE. Op. Cit., pág. 154.
- (11) JEAN JACQUES MARIE. Op. Cit., pág. 156.
- (12) ALEXANDER BERKMAN. "La rebelión de Kronstadt", pág. 24-25.
- (13) ALEXANDER BERKMAN. Op. Cit., pág. 33.
- (14) PAUL AVRICH. Op. Cit., pág. 82.
- (15) VÍCTOR SERGE. "Memorias de un revolucionario", pág. 164.
- (16) JEAN JACQUES MARIE. Op. Cit., pág. 198.
- (17) ALEXANDER BERKMAN. "El mito bolchevique", pág. 257.
- (18) ALEXANDER BERKMAN. Op. Cit., pág. 257.
- (19) PAUL AVRICH. Op. Cit., pág. 215-216.
- (20) VÍCTOR SERGE. Op. Cit., pág. 169.
- (21) PAUL AVRICH. Op. Cit., pág. 130.
- (22) MICHEL OLIVIER. "La izquierda bolchevique y el poder obrero", pág. 17.
- (23) PAUL AVRICH. Op. Cit., pág. 9 .
- (24) VICTOR SERGE. "El destino de una revolución", pág. 339.
- (25) ALEXANDER BERKMAN, "La rebelión de Kronstadt", pág. 17.



- (26) VICTOR SERGE, "Memorias de un revolucionario" pág. 164.
(27) PAUL AVRICH, "Op. Cit.", pág. 101.
(28) VICTOR SERGE, Op. Cit, pág. 167-168.
(29) PAUL AVRICH, Op. Cit, pág. 112.
(30) JEAN JACQUES MARIE. Op. Cit., pág. 111.
(31) ISAAC DEUTSCHER. "El Profeta Armado", pág. 467.
(32) PAUL AVRICH. Op. Cit., pág. 168.
(33) JEAN JACQUES MARIE. Op. Cit., pág. 236.
(34) PIERRE BROUÉ. "El Partido Bolchevique", pág. 203.
(35) PAUL AVRICH. Op. Cit., pág. 130.
(36) ALEXANDER BERKMAN. "El mito bolchevique", pág. 262.
(37) VÍCTOR SERGE. Op. Cit., pág. 165.
(38) JEAN JACQUES MARIE. Op. Cit., pág. 289.
(39) VÍCTOR SERGE, Op. Cit, pág. 102.
(40) PAUL AVRICH. Op. Cit., pág. 219-220.
(41) PAUL AVRICH. "Los anarquistas rusos", pág. 235.
(42) V. I. LENIN. Obras Completas. Tomo LXII, pág. 234.
(43) PIERRE BROUÉ. Op. Cit., pág. 208.
(44) VÍCTOR SERGE. Op. Cit., pág. 225.
(45) ERIC TOUSSAINT. Op. Cit.
(46) VÍCTOR SERGE. Op. Cit., pág. 176-177 (Discurso 29.03.1922 XI Congreso del Partido).

BIBLIOGRAFÍA

- OSKAR ANWEILER. "Los soviets en Rusia (1905-1921)" Ed. ZYX, Madrid, 1975.
PEDRO ARCHINOFF. "Guerrillas en la revolución rusa". Ed. Proyección, Buenos Aires, 1973.
PAUL AVRICH. "Kronstadt 1921". Ed. Proyección, Buenos Aires, 1973
_____. "Los anarquistas rusos". Alianza Editorial, Madrid, 1974
ALEXANDER BERKMAN. "El mito bolchevique". Ed. Lamalatesta, Madrid, 2013.
_____. "La rebelión de Kronstadt". Ed. Lamalatesta, Madrid, 2011
CONSTANTINO BERTOLO. "Lenin. El revolucionario que no sabía demasiado". Ed. Catarata, Madrid, 2012
MAURICE BRINTON. "Los bolcheviques y el control obrero (1917-1921)". Ruedo Ibérico, 1972.

PIERRE BROUÉ. "El Partido Bolchevique". Ed. Ayuso, Madrid, 1974



- EDWARD H. CARR. "La revolución rusa". Alianza Editorial, Madrid, 1985
- _____. "La revolución bolchevique (1917-1923)". Tomos I, II y III. Alianza Editorial, Madrid, 1973
- ISAAC DEUTSCHER. "Trotsky, el profeta armado". Ed. Era, México, 1973.
- ORLANDO FIGES. "La revolución rusa (1891-1924)". Edhasa, Buenos Aires, 2010.
- SHEILA FITZPATRICK. "La revolución rusa". Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- GEORGES HAUPT - JEAN-JACQUES MARIE. "Los bolcheviques". Ed. Era Méjico, 1972.
- ALEXANDRA KOLLONTAI. Autobiografía de una mujer emancipada. Editorial Fontamara, Barcelona, 1976
- MOSHE LEWIN. "El siglo soviético". Crítica, Barcelona, 2006.
- ROSA LUXEMBURGO. Obras Escogidas I y II. Ed. Ayuso, Madrid 1978.
- JEAN-JACQUES MARIE. "Cronstadt". Librairie Arthème Fayard, París, 2005.
- ALEC NOVE. "Historia económica de la Unión Soviética". Alianza Universidad, Madrid, 1969
- MICHEL OLIVIER. "La izquierda bolchevique y el poder obrero (1919-1927)". Ed. Espartaco Internacional, 2011.
- A. PANNEKOEK, K. KORSCH, P. MATTICK. "Crítica del bolchevismo". Ed. Anagrama Barcelona, 1976.
- DAVID PRIESTLAND. "Bandera Roja". Crítica, Barcelona, 2009.
- VICTOR SERGE. "Memorias de un revolucionario". Veintisiete letras, Madrid, 2011.
- _____. "El año I de la Revolución Rusa". Ed. Ryr, Buenos Aires, 2011.
- _____. "El destino de una revolución". Los libros de la frontera, Barcelona, 2010.
- NICOLAS N. SUJANOV. "La revolución rusa". Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1970.
- CARLOS TAIBO. "La Unión Soviética. El espacio ruso soviético en el siglo XX". Ed. Síntesis, Madrid, 1999.
- ERIC TOUSSAINT. "Lenin y Trotsky, frente a la burocracia y Stalin". (artículo extraído de Rebelión) 25.01.2017.
- LEÓN TROTSKY. "Comunismo y terrorismo". Ed. Heresiarca, Buenos Aires, 1972.
- _____. "Escritos Militares". Tomos I y II, Ruedo Ibérico, 1976.
- BERLY WILLIAMS. "Lenin". Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.